

Dispositivos y soportes del placer en la Teoría Queer

Devices and Formats of Desire in Queer Theory

Camila Arbuét Osuna*

Valentín E. Ibarra*

Fecha de Recepción: 1º/10/2016

Fecha de Aceptación: 1º/11/2016

Resumen: *Estamos acostumbrados a pensar al deseo, como al poder, como un vínculo; un vínculo que, como ha señalado C. Pateman, no puede ser reducido a un hecho contractual entre partes iguales sino que vive, se reproduce y diversifica gracias a la diferencia (simbólica, material, política, sígnica) y a los juegos de poder de sus partes. Aquello sobre lo que nos ha alumbrado la teoría queer es que, junto con las transformaciones del capital financiero, tecnológico y pospornográfico –y con la misma doble faz posibilitadora y destructora– la producción de deseo se ha modificado dramáticamente; amplificado, mutando y ramificando los soportes de consumo de su mercancía (producto y relación social): el placer.*

El placer, en tanto mercancía de consumo masivo, ha alterado sus medios de circulación, sus formas de administración y, por consiguiente, la (re)presentación misma de los cuerpos intervinientes (como lo han demostrado D. Haraway y B. P. Preciado). El presente trabajo se propone hacer un paneo sobre las características de estos nuevos arsenales de dispositivos encargados de capturar, amplificar y vender placer, teniendo en mente cómo la teoría queer a decodificado estas novedades como parte de una nueva matriz de (re)producción de deseo.

Palabras

clave:

queer; placer; deseo; dispositivo; soporte

* Doctora en Ciencias Sociales. Licenciada en Ciencia Política. Becaria posdoctoral de Conicet. Docente de Teoría Política en la Universidad Autónoma de Entre Ríos y de Historia Moderna Europea en la Universidad Nacional de Entre Ríos. Correo electrónico: camila_arbuét@hotmail.com

* Estudiante avanzado de Filosofía. Periodista de Agencia de Informaciones del Mercosur. Investigador sobre estudios de género y *queer*. Correo electrónico: ibarrave@live.com.ar

Abstract: *We are used to thinking of desire, in the same way as power, as a link; a link that, as C. Pateman has highlighted, cannot be reduced to a contractual fact between equal parts, but rather it lives, reproduces and diversifies due to the difference (symbolic, material, political, signical) and to the power games of its parts.*
The fact upon which the queer theory has shed light is that, along with the financial capital, technological and postpornographic transformations (and with the same enabling and destructive double side) desire production has been dramatically modified; amplifying, mutating and branching its commodities consumption formats (as a product and a social relationship): pleasure.
Pleasure, as massive commodity consumption, has altered its means of circulation, its administration ways and, therefore, the very (re)presentation of intervening bodies –as D. Haraway and B. P. Preciado have shown–. The present work aims at reviewing some of the features of these new sets of formats in charge of capturing, amplifying and selling pleasure, having in mind how queer theory has decodified this development as part of a new desire (re) production matrix.

Keywords: *Queer; Pleasure; Desire; Device; Format.*

La hipótesis rectora del presente trabajo es que, entre las últimas dos décadas del siglo pasado y la primera del que transcurre, las formas de mercantilización del placer han ingresado en una nueva fase de su desarrollo, fase que involucra tanto la transformación de sus prácticas de consumo como de los modos de su circulación y producción. El proceso al que aludimos nos indica una importante metamorfosis subjetiva de las partes intervinientes en cada una de estas etapas. Como parte de este cambio aparece una forma más fragmentaria, sectorizada y personalizada de vincularse con los dispositivos de generación de placer que, sostenemos, tiene una influencia performativa en los soportes clásicos del placer sexual mercantilizado, en las demandas de la prostitución y en las maneras en las que el imaginario social masivo concibe y administra una *performance* sexual apetecible. Sostenemos, a su vez, que la teoría *queer* nos brinda una plataforma de comprensión teórica y política para este proceso, dado que el placer y el deseo han sido de sus objetos dilectos de estudio desde su emergencia. Propondremos, por ende, un recorrido analítico que dé cuenta, en primera instancia, de

dichos aportes teóricos y políticos del universo *queer*; luego, haremos foco en los hitos más representativos de las modificaciones en la mercantilización del placer; y finalmente, concluiremos con las especificaciones que éstos aportes y transformaciones tienen en las condiciones existenciales argentinas.

Deseo y placer en la emergencia de la teoría *queer*

El título de este trabajo exige una aclaración previa de tipo terminológico, dado que hemos decidido no traducir la palabra *queer*, opción que tiene ventajas e inconvenientes. El término *queer*¹ fue apropiado por una parte radical de los movimientos sexuales de gays y lesbianas hacia fines de los '80, para nombrar los cuerpos que bordeaban las propias formaciones guéticas dentro de los colectivos LGBT de aquél momento y que se resistían a las estrategias de inclusión estatal². De este modo, el término apuntaba a todas las combinaciones de género que se pudieran imaginar o articular en la práctica cotidiana de sujetos y comunidades marginales respecto de la heterosexualidad patriarcal blanca de clase media. En este sentido, *queer* es más que la sumatoria de gays y lesbianas pues incluye a éstos y a muchas otras figuras identitarias sexuales y genéricas construidas y deconstruidas: bi, trans, intersex, etc. Como señala Beatriz/Paul Preciado en el *Manifiesto Contrasexual*, el movimiento *queer* no es la invención de una nueva sexualidad, sino la renuncia o ruptura a una sexualidad institucionalizada:

¹ *Queer*: raro, extraño, excéntrico pero también, de modo peyorativo en primera instancia –antes de la inversión performativa de la que nos habla J. Butler (2008)–, gay, lesbiana, travesti, *freaky*, marica. Una referencia a todos los sujetos que se apartan de las formas y prácticas sexuales heteronormadas.

² Las políticas *queer* aparecieron como la culminación de un proceso de autocrítica de las comunidades gays y lesbianas encarnando una confrontación directa con los regímenes normativos. Supusieron el cuestionamiento de la identidad sobre las que se habían asentado las corrientes gays y lesbianas originalmente considerando los efectos excluyentes de tal identidad. En el abandono de las narrativas humanistas y totalizantes, el núcleo fundamental de este nuevo modelo es la de identidad abierta y flexible, la utilización de instrumentos y estrategias de lucha: lo *queer* se emplaza en un lugar decididamente marginal, de confrontación directa, la provocación a las estructuras normativas mediante una actitud de descaro e incorrección política. Desde el nombre, su fundamento está en la reapropiación y resignificación de los discursos y las palabras: *queer*, ya no como insulto ahora como identidad disruptiva.

En el marco del contrato contra-sexual, los cuerpos se reconocen a sí mismos no como hombres o mujeres, sino como cuerpos parlantes, y reconocen a los otros como cuerpos parlantes. Se reconocen a sí mismos la posibilidad de acceder a todas las prácticas significantes, así como a todas las posiciones de enunciación en tanto sujetos, que la historia ha determinado como masculinas, femeninas o perversas. Por consiguiente, renuncian no solo a una identidad sexual cerrada y determinada naturalmente sino también a los beneficios que podrían obtener de una naturalización de los efectos sociales, económicos y jurídicos de sus prácticas significantes³.

En medio del proceso de apropiación y resignificación permanente que el movimiento *queer* se propone, lxs militantes en España han encontrado una nueva fórmula para actualizar en sus propios términos e idioma el escándalo inicial de la palabra que los designa. Es así como han dado a llamarse “marico-bollera-trans”. Al no tener en Argentina aún un epigrama propio, hemos optado por continuar con *queer*.

La teoría *queer* emerge en sintonía con el feminismo radical lésbico, negro, anticolonialista, encabezado por Monique Wittig (*Las guerrilleras*, 1969), Gayle Rubin (*El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo*, 1975), Adrienne Rich (*Nacemos de mujer*, 1976), Ángela Davis (*Mujeres, raza y clase*, 1981), Donna Haraway (*Manifiesto cyborg*, 1985), entre otras, y con los planteos de Michel Foucault, Gilles Deleuze y Félix Guattari acerca de las nuevas tecnologías de control y producción del yo. En cuanto a ésta última afluencia, es preciso mencionar, para el desarrollo del tema que nos compete, los hitos que supusieron la publicación de tres libros (nos referimos a *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, 1972; a *Vigilar y castigar*, 1975; y a *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, 1976) no solo para el replanteo teórico del cuerpo, la sexualidad, el poder, el deseo, el saber y de los vínculos posibles y necesarios entre estos elementos, sino esencialmente para la inteligibilidad y la puesta en acto de una nueva experiencia política, la experiencia

³ Preciado, Beatriz. *Manifiesto contrasexual*. Madrid: Opera Prima, 2002. pp. 18-19.

queer, que apostó desde sus inicios por una suerte de frónesis permanente y que tan acertadamente Preciado ha enunciado como “una política experimental que no es una política de guerra”⁴ –en diálogo con las reflexiones sobre la vulnerabilidad de la vida de J. Butler (2006).

La teoría del poder como producción de cuerpos y sujetos, que Foucault desarrolla en *Vigilar y castigar* amplía la clásica y soberana noción de poder como ejercicio castrense de arriba hacia abajo, del padre a los hijos, del Estado a los ciudadanos, para inscribirlo en una concepción disciplinar descrita como una amplia red de relaciones que estructuran y seleccionan los vínculos sociales, económicos y sexuales dominantes. En lo que respecta al sistema sexo-género⁵, este pasaje supuso la invención social de la sexualidad durante el siglo XVIII como espacio destinado a la reproducción de la vida y como sistema que posibilita la persecución excluyente de todas aquellas prácticas, conductas y morfologías que involucren la genitalidad y no tengan el mencionado fin: homosexualidad, hermafroditismo, masturbación, sodomía, travestismo, etc.⁶.

Una de las premisas revolucionarias de *Vigilar y castigar* es que el poder no puede ser reducido ni a la represión ni a la ideología, sino que el poder es constituyente a través de sus dispositivos. Circulando entre éstos, el deseo aparece como la falta que atrasa, obtura, dilata el deleite y, en ese *impasse*, fundamenta la ley produciendo subjetividad; mientras que el placer es señalado como la concreción de un goce. La sociedad disciplinaria se propone, entonces, “disminuir el deseo que hace atractivo el delito, aumentar el interés que convierte la pena en algo temible”⁷, incentivar “el placer

⁴ Preciado, Beatriz. Conferencia “Políticas transfeministas y queer: Tecnologías de disidencia de género” en Universidad del Claustro de Sor Juana, México D.F., Junio de 2010.

⁵ Cfr. Rubin, Gayle. “Tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”. Revista Nueva Antropología, México DF, Vol. III, N° 30, noviembre de 1986.

⁶ Sobre el despliegue del constructivo científico en la conformación de la sexualidad en los inicios de la Modernidad los textos ya canónicos son: Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010; Laqueur, Thomas. *Making Sex: Body and Gender From the Greeks to Freud*. Harvard University Press, 1990; Corbin, Alan, Courtine Jean Jacques y Vigarello, George. *Historia del cuerpo*. Tomos I y II. Madrid: Taurus, 2005.

⁷ Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002, p. 64

en espiar y en castigar”⁸. Para Deleuze, en cambio, hay una primacía del deseo sobre el poder, entendiendo por deseo no una lógica de la falta –esquivando el meollo psicoanalítico– sino lo que es constitutivo, inmanente, desterritorializado, y comprendiendo por placer una obturación organizativa y normativa del libre flujo del deseo. En palabras de Deleuze:

Para mí, deseo no implica ninguna falta; tampoco es un dato natural; está vinculado a una disposición de heterogéneos que funciona; es proceso, en oposición a estructura o génesis; es afecto, en oposición a sentimiento; es *haecceidad* (individualidad de una jornada, de una estación, de una vida), en oposición a subjetividad; es acontecimiento, en oposición a cosa o persona. Y sobre todo implica la constitución de un campo de inmanencia o de un “cuerpo sin órganos”, que se define sólo por zonas de intensidad, de umbrales, de gradientes, de flujos. [...] El placer me parece el único medio para una persona o un sujeto de “recuperarse” en un proceso que le desborda. Es una re-territorialización. Y, desde mi punto de vista, el deseo se remite de la misma manera a la ley de la falta y a la norma del placer.⁹

En estas notas que Deleuze escribió respecto a *Vigilar y castigar*, y que han sido publicadas como *Deseo y placer*, el autor hace de esta afección –deslizada por distintas líneas de fuga (disposiciones del deseo)– la promotora tanto de movimientos represivos como de formas de resistencia. El deseo para Deleuze y Guattari no es un devenir mediado por una sucesión de objetos trascendentes que se acercan y se alejan, el deseo es pura inmanencia, es un despliegue situado de intensidades que estimulan distintas fases de ese “cuerpo sin órganos” o cuerpo no organizado. Para ellos, siempre se desea un conjunto de elementos temporales, espaciales, corporales, etc. que conforman una situación específica, un escenario de disfrute, un mundo. Por ende, como en una

⁸ *Ibid.*, p. 122

⁹ Deleuze, Gilles. *Deseo y placer*. Barcelona: Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura. N°23, 1995

película, no hay nada natural en el deseo: el inconsciente es una fábrica y el deseo es producción¹⁰, una producción que tiene la peculiaridad de ser un fin en sí misma, de contener en su carácter expansivo y rizomático la potencia de su sentido. La vida buena, en esta perspectiva, estaría signada por el reconocimiento y la producción de aquellas disposiciones de deseo que sean capaces de generar a su vez nuevas disposiciones¹¹.

Para aquéllos autores, el proceso de producción de deseo que libera la potencia de la voluntad es posible mediante la desterritorialización del deseo. Se trata de un proceso de desidentificación que está en sintonía con la apuesta *queer* a la experiencia sensual y sexual. Una apuesta que, a su vez, está en diálogo con las nuevas características de adaptabilidad y fragmentalidad de la dupla Capital/Trabajo en esta nueva fase del capitalismo. En cuanto al placer, creemos que el diagnóstico que lo vincula con una forma organizativa e incluso terapéutica de performatividad puede ser compartida por varixs de lxs actuales teóricxs *queer*; sin embargo, esto no será para muchxs de ellxs obligatoriamente negativo. De hecho, toda la relación entre alienación y placer es repensada al calor de esta teoría.

Tras complejizar y relativizar el enfoque althusseriano sobre los aparatos ideológicos del Estado, tras deshilvanar la comprensión estructural de ideología como superestructura o como falsa conciencia y reflexionar sobre la imbricación que las diferentes tecnologías biopolíticas (prótesis, píldoras, fluidos y dispositivos informativos de todo tipo) tienen en los cuerpos, la teoría *queer* se ha acercado al problema de la alienación contraponiendo a la aproximación moralista una comprensión que rompe el binomio alienación/emancipación, y que vuelve sobre la

¹⁰ Cfr. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós, 2004

¹¹ “Para Deleuze [...] lo difícil no es conseguir lo que se desea, sino que lo difícil es desear. Parece tan fácil desear, basta decir “quiero esto y lo otro”. Pero ¡qué cerca se está de la impostura cuando se anuncia lo que se quiere! No sólo cuando deliramos los delirios de las imágenes producidas por la publicidad, sino también cuando asumimos una identidad y, con ella, los deseos propios de esa identidad. La impostura aprisiona la vida, porque hace asumir deseos que no nacen de la propia potencia de ampliar el territorio.[...] Lo verdaderamente difícil es desear, porque desear implica la construcción misma del deseo: formular qué disposición se desea, qué mundo se desea, para que sea el mundo que te conviene, el mundo que aumenta tu potencia, el mundo en el cual tu deseo discorra. El deseo se convierte de esta manera en el objetivo del desear, es un resultado, es en sí mismo virtuoso.” Larrauri, Maite. *El deseo según Gilles Deleuze*. Madrid: Tandem, 2000, p. 45

pregunta de qué puede un cuerpo en sus diferentes estados. En ese marco, así como la alienación ya no tiene que ver necesariamente con la falsa conciencia, el placer y sus diferentes proyecciones ya no tienen que ver necesariamente con la identidad.

El proceso de deconstrucción *queer* ha provocado el estallido tanto de la idea de autonomía en tanto propiedad de sí¹², como de la concepción de alienación como falsa conciencia. Frente a ello, una nueva idea de autonomía, alejada tanto de la trascendencia de la idea como de la inmanencia de los derechos alienables, ha surgido al calor de las prácticas y los usos de nuevas tecnologías del yo. Donna Haraway ha nombrado a esta nueva forma de ser autónomo y posidentitario “*cyborg*”¹³, una ficción política productiva que se fusiona con las prótesis que lx conforman (drogas, ortopedias, chips, dios y todas aquellas artificialidades que surgirían si en este mismo momento quien lee se preguntase ¿qué llevo puesto/inscripto/anexado en/a mi cuerpo que me permite funcionar tal y como lo hago?) y que viabilizan sus potencialidades. En palabras de Haraway:

Los cuerpos (nuestros cuerpos, nosotros mismos) son mapas de poder e identidad y los *cyborgs* no son una excepción. Un cuerpo *cyborg* no es inocente, no nació en un jardín; no busca una identidad unitaria y, por lo tanto, genera dualismos antagónicos sin fin (o hasta que se acabe el mundo), se toma en serio la ironía. Uno es poco y dos es sólo una posibilidad. El placer intenso que se siente al manejar las máquinas deja de ser un pecado para convertirse en un aspecto de la encarnación. La máquina no es una cosa que deba ser animada, trabajada y dominada, pues la máquina somos nosotros y, nuestros procesos, un

¹² Respecto a las críticas al concepto liberal de propiedad de sí se puede ver el notable trabajo de Carole Pateman: “Self-ownership and property in the person: democratization and a Tale of Two Concepts”, *The Journal of political philosophy*. California (EE.UU.), Vol 10, N°1, (2002), pp-20-53

¹³ “La ambivalencia hacia las unidades rotas mediatizadas por la cultura de la alta tecnología requiere no una conciencia reducida a categorías de «crítica de Ideas claras que ponga las bases de una sólida epistemología política» frente a una «falsa conciencia manipulada», sino una comprensión sutil de los placeres nacies, de las experiencias y de los poderes con serias posibilidades de cambiar las reglas del juego.” Haraway, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Valencia: Ediciones Cátedra, 1995, p. 256

aspecto de nuestra encarnación¹⁴.

El ser sexuado pero no genérico, animal-máquina, más allá de la fantasía de Mary Shelley, un ser sin origen, sin padre y contenido como un cúmulo de placeres esperando el contacto, se inoculará rápidamente en el horizonte *queer*. Hablamos de un cuerpo en tránsito, cuerpo experimental, cuerpo poderoso y desmembrado, único y diluible a la vez, más allá de los laberintos de la individuación liberal, pero solo posible luego de un fuerte proceso re-identitario, es decir, llamado a provocar una dificultosa identidad para destruirla en y por una experiencia más intensa. Treinta años después del manifiesto de Haraway, creemos que éste aún contiene la utopía *queer* y la aproximación más nítida al deseo como caudal informativo y al placer como imbricación (entre lo humano, lo animal y lo mecánico), vehículo y conexión con el entorno.

A contrapelo de los *slogans* del placer como mecanismo antisistema, de buena parte de la militancia y la producción en pos de la liberación sexual de los '60 y '70, Haraway apostó al placer como una forma de hiperconexión sistémica que modificaría todas las partes de la ecuación. Si con Deleuze decíamos que el placer obturaba – normativizando– los influjos del deseo, con Haraway debemos sostener que esta obturación no es sino la posibilidad de una nueva conexión, de una nueva concreción transformadora, y que si el placer fuese el modo imperante de producir performatividad (más allá de que lo hiciera alienando, encarnando o subjetivando) estaríamos en otro nivel del juego. Nos interesa, en este punto, dar luz sobre las transformaciones más importantes en la mercantilización del placer sexual así entendido, como *link* político e informático, en medio del despliegue de la nueva fase del capitalismo (signado por la revolución de la comunicación y el capital tecnológico¹⁵) que acompañó la emergencia y el desarrollo de la teoría *queer*. De esta manera, escudriñaremos en el incremento y la transformación de los dispositivos de poder de la industria pornográfica, para luego

¹⁴ Ibidem, p. 309

¹⁵ Cfr. Arbuét Osuna, Camila. “Capitalismo y globalización: *El Capital* en la era del capital tecnológico”, Revista Desafíos, Bogotá (Colombia), N° 26-2, II semestre, (2014), pp . 97-124

tratar al cuerpo como soporte último, en tanto nueva matriz de circulación del placer en el observable puntual de la prostitución.

Dispositivos de placer pornográfico

Entiendo por dispositivo cualquier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes.

Agamben, G., *¿Qué es un dispositivo?*

La teoría *queer*, de Wittig a Preciado, llevó al cuerpo sin órganos deleuziano a otro nivel, a un cuerpo con tantos órganos como capacidades de reterritorialización parcial pueda promover. Considerando al cuerpo desorganizado y fragmentado como superficie, terreno de desplazamiento y de emplazamiento del dildo, espacio de reproducción de imágenes y placeres... vimos que la teoría *queer* lo ha imaginado como materia de la contrasexualidad, es decir, como soporte del uso y significación desnormativizadas de sus partes sexuadas y generizadas, partes intervenidas por una exuberancia de dispositivos.

La matriz comercial que pone a andar los dispositivos vinculados a la producción de placer como mercancía es la pornografía; imbricada, obviamente, con las nuevas tecnologías de la comunicación, los nuevos hábitos de consumo, los desarrollos de fármacos y la cambiante noción de abyección. La pornografía forma parte de un régimen más amplio (capitalista, global, mediatizado) de producción de subjetividades a través de la gestión técnica de imágenes, sonidos y texturas, que intervienen en la creación de disposiciones de deseo estandarizadas.

Preciado intenta explicar lo que podríamos denominar una biopolítica de la representación pornográfica partiendo de las siguientes preguntas: ¿cuándo aparece la pornografía como discurso y saber sobre el cuerpo? ¿cuál es la relación que existe entre

porno y producción de subjetividades? ¿cómo funciona la pornografía dentro de los mecanismos políticos de normalización del cuerpo y de la mirada en la ciudad moderna? Y en su *Pornotopía*¹⁶, mediante el análisis de lo que supuso la irrupción de la estética *Playboy* para la arquitectura, la división sexual del trabajo, la reorganización política del binomio público/privado y la apertura de una nueva versión del sueño americano, queda claro que la pornografía es una forma de producción cultural a la que concierne el debate sobre la construcción de los límites de lo socialmente visible y lo placenteramente experimentable del sexo¹⁷. Debate que repara en las relaciones con la historia del arte, las estrategias biopolíticas de control del cuerpo y de producción de placer a través de aparatos de intensificación de la mirada. Son éstas las categorías que nos ayudarán a comprender por qué la pornografía se ha convertido, a partir de los años '70s y '80s, en un espacio crucial de análisis, crítica y reapropiación para las micropolíticas de género, sexo, raza y clase.

A partir de mediados de la década del '80, los trabajos antipornográficos de Andrea Dworkin y Catherine Mackinnon¹⁸, en los que el porno es definido como un

¹⁶ Cfr. Preciado, Beatriz. *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama, 2010.

¹⁷ La noción de pornografía surge en la historia a mediados del siglo XIX como una de las retóricas del higienismo, junto a la metrópolis. Pornografía nombra al conjunto de medidas higiénicas desplegadas por el urbanismo, fuerzas policiales y sanitarias para gestionar la actividad sexual en el espacio público, regulando la venta de servicios sexuales, pero también incluía a la basura, los animales muertos y otras carroñas. En los estudios higienistas pornográficos se incluyó la discusión sobre residuos cloacales, patológicos y la administración de burdeles. El objetivo principal del museo secreto es el celoso cuidado de que ciertos objetos y representaciones que exalten los sentidos, no estén al alcance de mujeres y niños. La pornografía como categoría higiénica es ante todo un mecanismo de regulación de la sexualidad de las mujeres en relación a los espacios públicos, así como la regulación de la oferta de servicios sexuales por fuera de las instituciones del matrimonio y la familia.

¹⁸ La postura anti-pornográfica de Mackinnon se centra sintéticamente en la siguiente lista de afirmaciones: La pornografía significa la subordinación gráfica y sexualmente explícita de las mujeres a través de imágenes y/o palabras que también incluye uno o más de los siguientes: a) las mujeres son presentadas deshumanizadas como objetos sexuales, cosas o bienes; o b) las mujeres son presentadas como objetos sexuales que disfrutan la humillación o el dolor; o c) las mujeres son presentadas como objetos sexuales que experimentan placer sexual en las violaciones, incesto u otros ataques sexuales; d) las mujeres son presentadas como objetos sexuales atacadas o cortadas o mutiladas o golpeadas o lastimadas físicamente; e) las mujeres son presentadas en posturas o posiciones de sumisión sexual, servidumbre o exposición; f) las partes del cuerpo de las mujeres –incluyendo pero no limitándose a la vagina, pechos o nalgas– son exhibidas de forma tal que son reducidas a esas partes; g) las mujeres son presentadas siendo penetradas por objetos o animales; h) las mujeres son presentadas en escenarios de degradación, humillación, herida, tortura, mostradas como sucias o inferiores, sangrando, con moretones

lenguaje patriarcal, sexista y productor de violencia contra las mujeres, eclipsaron los argumentos del llamado feminismo pro-sexo que veía en la representación disidente de la sexualidad una posibilidad de empoderamiento para las mujeres y las minorías sexuales. De este modo, el lenguaje pornográfico y su perspectiva de circulación se fueron instalando como un afuera cultural que se oponía a la crítica, a contrapelo de las preocupaciones teórico políticas de los '60s y '70s por los escritos libertinos del siglo XVII y XVIII. En muchos espacios sociales, académicos y políticos, la pornografía no estaba considerada aún como un objeto de estudio filosófico: ligada la mayoría de las veces con la prostitución, era tomada por desperdicio cultural con grado cero de representación, un código cerrado, soez y repetitivo cuyo único fin era la masturbación acrítica. Según éste razonamiento, el porno no merecía hermenéutica alguna.

Desde sus inicios, la industria del placer ha cosechado defensores y detractores y, por su carácter controversial, el debate ha quedado generalmente limitado a la posibilidad de su existencia o no, sin avanzar más allá, siendo cooptado por discursos morales, religiosos y sus respectivas influencias políticas. Sin embargo, desde mediados de los años '80s comienzan a emerger nuevos actores como William Kendrik, Linda Williams, Richard Dyer, Thomas Waugh, que van a extender sus investigaciones sobre las relaciones entre cuerpo, mirada y placer junto a la representación pornográfica. Estos estudios abren la puerta a una alternativa, que en el siglo XXI emergerá como “estudios sobre el porno”, realizando profusos análisis críticos, históricos y políticos, los cuales asumirán la tarea de deconstrucción de un permanente exilio hacia el escenario público actual. Siguiendo la línea de aquéllos estudios, desde la teoría *queer* se ha considerado siempre que los dispositivos destinados al placer, que emergen como material, encuadre, accesorio y eje del porno, son objetos de la cultura, en tanto se asumen como modos de producción, distribución y consumo de placer. Por ende, queda observar cómo se imponen y de qué modo han generado las modificaciones que creemos tan sustanciales en la concepción misma de placer.

o lastimadas en un contexto que hace que esas condiciones sean sexuales. Cfr. Mackinnon, Catherine. *Feminismo inmodificado. Discursos sobre la vida y el derecho*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2014.

Hacia fines del siglo XIX, la fotografía y el cine irrumpieron como aparatos técnicos de intensificación de la mirada. En este nuevo campo semántico por donde se segmentaban, diferenciaban y sancionaban las prácticas y discursos, aparecieron las denominadas “películas para solteros” (*stag films*) –inicialmente mudas y de corta duración–, que funcionaban como prótesis masturbatorias¹⁹ en las que aparecían cuerpos desnudos, contacto físico y actividad genital en el contexto del burdel o club masculino. El consumo era masculino y colectivo, el presunto cuerpo del deseo era un gran ausente (“de estar presente sería un estorbo”, reconoció el propio Hugh Hefner) en un ritual cargado de una fuerte significación homoerótica. En palabras de Roman Gubern:

La representación del falo en erección y de las prácticas sexuales existían ya en la Grecia y Roma paganas (por no nombrar a la más exótica cultura hindú), pero la reproductividad icónica masiva e hiperrealista de la fotografía y luego del cine –garantes de que aquello que se muestra ha acontecido realmente ante la cámara– otorgaría un nuevo estatuto sociocultural a las representaciones eróticas²⁰.

A partir de la lectura del texto *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas* de Gubern, vemos cómo las tecnologías de reproducción audiovisual fueron desplazándose unas a otras, generando distintos nichos de audiencia y consumo. La televisión desplazó a la radio, pero enfocada a un espectador pasivo, silencioso y conservador, y, esencialmente, miembro de una familia tipo. La revolución de la TV en los '50s se hizo de espaldas al submundo de la pornografía, que comenzaba a sofisticarse

¹⁹La invención de la pornografía como imagen-movimiento, viene a insertarse en un conjunto de técnicas de producción de la diferencia entre lo normal y lo patológico. Es imposible desligar la historia de las técnicas tempranas de pornografía de la historia de la fotografía médica y antropológica. Es un tiempo en el que la representación clínica y jurídica buscan hacer confesar al cuerpo a través de la imagen. Cinematográficamente, el porno pertenece a un conjunto de representaciones del cuerpo en movimiento. Una exaltación de la vista con una consecuente reacción en el cuerpo del espectador.

²⁰Gubern, Roman. *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas*. Barcelona: Anagrama, 2005, p. 9

en revistas –desde las pensadas para el “incentivo” de las tropas en la Segunda Guerra hasta *Playboy*– y films. El cine separó sus aguas entre uno de corte convencional, masivo, y otro denominado “X” evidenciando un sello (como marca originaria) de semi-clandestinidad o de “afuera” cultural. El cine en su acepción “condicionada” o “triple X”, según lo conocemos hoy en día, también experimentó al interior de su universo una escalada de permisividad y despliegue:

El género evolucionó y se diversificó buscando nuevos incentivos. Así, la sodomización, poco frecuente en los primeros años de despenalización del cine porno (aunque ya presente en *Garganta Profunda*²¹), se difundió en la segunda mitad de los años setenta, según el principio de la escalada de estímulos. Entre las ofertas icónicas de la sodomización figuró de modo importante el dolor/placer de la penetración anal, que el género muestra usualmente a través del rostro de la actriz [...] Consecuente con esta escalada apareció la práctica de la triple obturación simultánea del cuerpo femenino (vagina, boca y ano). Pero otras variantes del placer erótico (somasoquismo, zoofilia, coprofagia) se mantuvieron en los guetos especializados y selectivos de los *peep-shows* y *sex-shops*, en cabinas de visión individual²².

Ahora bien, con la invención de nuevos dispositivos de reproducción, primero las videograbadoras y videocaseteras y, posteriormente, la realidad virtual a la que accedemos vía internet, el desplazamiento del consumo de la industria pornográfica – desde el espacio comunitario al privado– es absolutamente irrevocable, completando un ciclo que se inició en el prostíbulo y los clubes masculinos pasando a las salas de cine, luego a las cabinas individuales, hasta llegar a la intimidad del hogar. Esta radical metamorfosis desarma la fantasmática representación de guetos de dudosa reputación

²¹ *Deep throat*, de Gerard Damiano (1972), con el controversial protagonista de Linda Lovelace. Actriz que años después se volverá una abolicionista militante y denunciará en su biografía, *Ordeal*, los abusos a los que fue sometida durante la filmación de la película.

²² *Íbid.*, p. 14.

que tuvieron desde el comienzo las salas y clubes masculinos, privatizando el consumo y produciendo un salto exponencial en sus números de producción, distribución, acceso y venta. Se dejó de pensar en la pornografía como en una pedagogía del sexo para desvalidos, ancianos y solitarios onanistas, pasó a arrastrar a los *dandys* en sus *penthouses*, a los padres de familia en sus ratos libres, a los púberes en sus “preparaciones”, hasta llegar finalmente a mujeres, gays, lesbianas, trans que ya no sólo producen porno sino que lo consumen masivamente. La pornografía se ha ido transformando, conforme pasa el tiempo, en una industria de consumo mucho más expandida de lo que parece. Asimismo, la confesión de su consumo es cada vez más amplificadas²³. Como parte de este desarrollo, la producción amateur de videos caseros se ha convertido en un *boom*, siendo incluso una técnica reiterada de estimulación de parejas –dándoles nuevos soportes al voyeurismo y al exhibicionismo–, técnica que ha puesto en jaque incluso a la profesionalización clásica del sexo²⁴ del modelo *Playboy*. El sexo amateur capturado con la *web cam*, así como las aplicaciones pensadas para tener encuentros sexuales casuales (héteros, *Tinder*; gays, *Gnder*; lesbianas, *Brenda*; tríos, *3der*; swingers, *Erobeo*, etc.), nos presentan un abanico inmenso de dispositivos destinados al agenciamiento del sexo, que si bien están atravesados por la mercantilización del placer rebasan a ésta ampliamente. Dichas tecnologías, junto con las páginas porno, han generado una taxonomización del gusto sobre los cuerpos sin órganos (propios y ajenos) que no tiene nada que envidiarle a la ciencia ficción de A. Huxley o Ph. Dick. Al mismo tiempo, como parte de esta fragmentación especializada, las nuevas filmografías dejan de lado para siempre el tradicional rodaje de la historia semi-guionada para pasar a contar escenas, distribuidas y comercializadas, aisladas entre sí.

Desde principios del 2000, el porno se ha vuelto mucho más diversificado. La

²³ Según un estudio realizado este año (2016) por el Observatorio de Internet Argentino (OIA), 8 de cada 10 adultos consume pornografía por internet a través de distintos dispositivos móviles. El 71% de las mujeres encuestadas reconoció que consumía porno, de las cuales el 50% lo hacían semanalmente.

²⁴ Baste ver algunos de los *spots* publicitarios de *Playboy* en los últimos años, en especial aquél producido a raíz del éxito taquillero de “Las 50 sombras de Grey”.

lógica del mercado obligó a romper (literalmente) cada film en cuatro o cinco escenas breves –posiblemente teniendo en cuenta el tiempo orgásmico promedio–, que bien pueden reunirse bajo un mismo título o no, pero que siempre responden a las “categorías” que refieren a prácticas sexuales explícitas y que pueden encontrarse en todos los *sites*: “anal” “bondage”, “shemale”, “lesbian”, “gay”, “gangbang”, “hentai”, “ebony”, “latinas”, “big dick”, “for women”, “old/young”, “public disgrace”, “interracial”, “rough”, “BBW”, “POV”, “blowjob”, “bukkkake”, “cosplay”, “feet”, “toys”, “gonzo”, “ strapon”, “fuck machine”, “squirting” y “enemas”, entre tantas otras. Pareciera de crucial importancia para el tipo de consumo de estas categorías la perfecta tipificación de aquella práctica que se está por ver armando grupos de visualización altamente especializados.

El siglo XXI también trajo consigo un nuevo modo de contar la sexualidad en versión *fashionista*. Locaciones minimalistas sirven de telón de fondo con la exultante voluptuosidad de la *starlet* como su único centro. Observamos el ascenso de mujeres fálicas, tatuadas, irreverentes, que reaccionan ante el modelo icónico de la rubia siliconada de los '90s, y toman el control de la escena en la meca californiana del porno. Mujeres como Sasha Grey, Princess Donna, Bobbi Star, Bonnie Rotten o Christy Mack tomaron para sí la herencia de aquella radical Belladonna, niña punk de finales del siglo XX, hoy devenida en una de las directoras y productoras más codiciadas de la industria para adultos.

Los subgéneros de la pornografía *online* parecen multiplicarse diariamente, pero, a pesar a ello, su adherencia masiva a los ideales heteronormativos sigue siendo notable incluso entre las imágenes más abyectas, bizarras y parafilicas. Ya sea por el lugar de la mirada, por la disposición de los cuerpos y artefactos, por el escenario o por las palabras y las acciones, algo de las escenas atávicas de la erección del poder fálico, patriarcal y/o parental vuelve a representarse en el juego de excitación-frustración que se pone en acto en la gran mayoría de ellas. Una aplastante cantidad de *sites* siguen estando pensados en su graficación, epígrafes, filmación y títulos para un ojo hétero, masculino, adulto y blanco.

Frente a esta reafirmación del lugar heteronormativo de construcción de la sexualidad surgió el posporno, inventado en los '80 por el fotógrafo erótico Wink Van Kempen quien expuso un conjunto de fotos de genitales que en vez apuntar a la excitación invitaban a la parodia y a la crítica. En este sentido, el cine pospornográfico feminista, experimental lésbico, experimental *queer*, no busca representar la auténtica sexualidad de los cuerpos no-blancos, transexuales, intersex, transgénero, deformes y discapacitados (o simplemente *queer*), sino que trata producir contra-ficciones visuales capaces de poner en cuestión los modos dominantes de la norma y la desviación.

La cuestión que subyace no es saber si una imagen es una representación verdadera o falsa de una determinada sexualidad, sino saber quién tiene acceso a la sala de montaje, a la representación estetizada de las prácticas y discursos, al conjunto de convenciones visuales y políticas de la mirada. La pregunta gira en torno a cómo desplazar los códigos visuales, que históricamente han servido para designar lo normal o lo abyecto, sin perder el efecto del estímulo erótico amplificado. Es a este ejercicio de crítica y reapropiación de las tecnologías, a lo que llamamos pospornografía. No es una estética sino el conjunto de representaciones experimentales que surgen de los movimientos de empoderamiento político-visual de las minorías sexuales.

Finalmente, es preciso decir que más allá de las tipificaciones heteropatriarcales de la industria pornográfica y de los modos de explotación típicos de una industria de semejante porte, la *performance* pornográfica en su permanente expansión corroe lentamente los patrones de placer preestablecidos y habilita a nuevas disposiciones del deseo. A título de axioma se admite un simple “porque me gusta, porque lo gozo” sin necesidad de que el postulado de “la verdad” sobre la (propia) sexualidad sea psicológicamente justificable, convenientemente inmutable, sobriamente imperceptible²⁵.

²⁵ “La pornografía dice la verdad de la sexualidad, no porque sea el grado cero de la representación, sino porque revela que la sexualidad es siempre y en todo caso *performance* [...] Lo propio de la industria del *entertainment*, con su clasificación de “válida para todos los públicos” y “clasificada X”, es negar el valor performativo de la pornografía, reduciéndola a “puro sexo”. [...] La hegemonía actual de la industria cultural no-pornográfica deriva de este axioma moral que hace de los órganos llamados sexuales (especialmente pollas, coños y anos) objetos extra-cinematográficos (literalmente *ob-scenos*,

Lo que la industria pornográfica virtual hace circular es un arsenal de dispositivos emuladores y estimuladores visuales (películas, sexo en vivo, videos caseros, etc.), táctiles (el mundo *online* pone a disposición de tu tarjeta de crédito una variedad de siliconados, plásticos, aceites, cueros sintéticos, etc.), audibles (más allá de las líneas *hots*, el papel de la voz en el porno y en el sexo en general, y el desarrollo consciente de su potencia performativa en estos tiempos, merecería todo un tratamiento específico) y hasta olfativos (sorprende la enorme diversidad de objetos fetiches “usados” de venta virtual). Es interesante pensar cómo a excepción de la materialidad táctil y olfativa todo lo demás está en permanente exhibición gratuita. Solo hace falta conectarse. Mostrando que no se trata meramente de un mercado y de una estrategia de venta pensados a corto plazo, sino de toda una dinámica de interacción y formación de nuevas prácticas y modos de consumo, relación y afección. Hablamos de prácticas y modos que a su vez son puestos en relieve y en jaque alternativamente por la militancia *queer* (por ejemplo, pero no de forma exclusiva, mediante el posporno). Nos referimos a una verdadera educación sentimental, aunque un tanto alejada de los parámetros schillerianos.

De “La economía política del sexo” a la *potentia gaudendi*

¿Pero si fueran en realidad los cuerpos insaciables de la multitud, sus pollas, sus clítoris, sus anos, sus hormonas, sus sinapsis neurosexuales, si el deseo, la excitación, la sexualidad, la seducción, el placer de la multitud fueran los motores de la creación de valor en la economía contemporánea, si la cooperación fuera una cooperación masturbatoria y no simplemente una cooperación de cerebros?

Preciado, B.P., *Testo yonki*

fuera de escena), cuyo valor de verdad no puede ser absorbido por la representación y transformado en *performance*.” Preciado, Beatriz. *Testo Yonky*, *Op. Cit.*, p. 63

“Soporte”, según la RAE, se define como el apoyo o sostén de algo o como el material sobre el cual se registra información, como el papel, la cinta de grabación, el cd, el pendrive. A nosotros nos interesa aquí pensar al cuerpo como soporte último (interceptado y procesado por muchos dispositivos como de los que hablamos antes y tantos otros) de un intercambio que procesa al placer como mercancía.

Cuando Gayle Rubin escribió su visionario trabajo sobre la economía política del sexo, intentó una productiva maniobra de rescate de lo que servía del marxismo engeliano, de la antropología levi-straussiana y del psicoanálisis freudiano para pensar: cómo los cuerpos marcados como femeninos han sido objetos de intercambio desde el comienzo de las sociedades estanzadas, volviéndolos vehículos especulares²⁶ de la exogamia, el comercio y la división sexual del trabajo; cómo, a su vez, estos cuerpos, que son el preciado objeto y medio de tantos contratos entre hombres, no pudieron llegar a cristalizar su valor de cambio de manera constante; cómo la economía parental y sexista organiza culturalmente desde la inscripción edípica una disposición por la cual el mercado sexual queda regulado por la heteronormatividad.

La economía política del sexo, a pesar de sus múltiples peculiaridades culturales, está determinada tanto en Rubin como en Preciado por las capacidades de circulación y por aquellas conversiones que se producen en dicho proceso de circulación. En el caso del intercambio de mujeres está muy claro que estamos hablando, por una parte, de la capacidad de los hombres de volver al cuerpo femenino cuerpo del pacto (matrimonial y laboral, esencial pero no exclusivamente), del mensaje (forma que queda expuesta en su extremo en los femicidios y en las violaciones de guerra) y de la reproducción social y sexual, como mano de obra no asalariada y como formador ideológico de nuevos sujetos heteronormados. Y, por otra parte, hablamos del ingreso, consolidación y reconocimiento, mediante este tráfico femenino, de las personas –marcadas sexo-genéricamente de manera diferencial– en el sistema

²⁶ Sobre el carácter especular de la construcción subjetiva de las mujeres a través de la estructura edípica y de otras instituciones patriarcales ver: Irigaray, Luce. *El espejo de la otra mujer*. Barcelona: Akal, 2005.

jerárquico de los vínculos parentales (Rubin proclama que sólo deshaciendo las estructuras de parentesco es posible la liberación de la dominación sexual), públicos, laborales e íntimos.

La aproximación de Rubin a las condiciones de dominación sexual mediante una disposición económico política del sistema sexo-género está lejos de ser anacrónica pero, en lo que respecta a la venta remunerada de placer, tiene sus límites: por un lado, su comprensión de la prostitución tiende a ser abolicionista sin poder considerar a la prostituta también como sujeto/parte del contrato (que decide qué hacer, cómo hacerlo y cuánto cobrar por lo que hace), solo advirtiendo la domesticación de ese cuerpo²⁷; y, por el otro, se corresponde a una forma del capitalismo en la que el capital industrial y financiero aparecen como las plataformas hegemónicas para pensar la producción, reproducción y circulación de las mercancías. Actualmente, más allá de que el capital financiero siga siendo el dominante y haya expuesto en la crisis sus incommensurables dimensiones virtuales, las nociones de invención tecnológica, ductilidad, inmediatez, red y fragmentalidad, que hicieron punta en medio de la revolución informática y que permean el capital tecnológico, son las que formatean las tendencias productivas. En este contexto, si conservamos nuestro observable del placer en tanto mercancía, veremos que se da una, a veces tensa y a veces acoplada, connivencia entre el clásico tráfico de mujeres y la nuevas formas de alquiler, venta, contratación y transferencia de órganos signados por marcas discursivas de lo “femenino”, que pueden pertenecer a cuerpos *cis* o *trans*; nuevas formas que hacen de estxs expendedorxs de placer una mezcla huidiza entre partes, vehículos, objetos y hasta consumidorxs del tráfico al que pertenecen, promueven y son promovidxs.

Todo esto nos lleva a preguntarnos ¿qué circula cuando se trafican soportes y dispositivos de placer en la economía política del sexo? Creemos que la respuesta que nos lleva más allá de Rubin es “no sólo cuerpos marcados”: hemos llegado a un punto en donde se puede simplemente vender la marca sin el cuerpo, el fragmento sexualizado

²⁷ “¿Qué es una mujer domesticada? Una hembra de la especie. Una explicación es tan buena como la otra. Una mujer es una mujer. Sólo se convierte en doméstica, esposa, mercancía, conejito de *Playboy*, prostituta o dictáfono humano en determinadas relaciones.” Rubin, Gayle. *Op. Cit.*, p. 136

de información capaz de generar un estímulo eréctil. Esto no quiere decir ni que estemos ante el inicio del fin de la prostitución clásica, ni que la producción edípica de subjetividad haya dejado de organizar las distintas prácticas de consumo sexual, ni que los rituales intervinientes en la administración de la división sexual de la existencia se hayan alterado significativamente para la mayor parte de la población: es preciso no perder de vista que siempre hay al final del cable o de la cadena de significantes un cuerpo “soportando” las marcas. Sino que en connivencia con estas maneras clásicas de explotación sexual ha surgido otra venta de corporalidad (donde la “carne de mujer”²⁸ se convirtió en “imagen de *cyborg*”) diseccionada, específica, húmeda²⁹, pero principalmente inmediata, desterritorializada y reproducible; que aquello que se trafica es el pack “estímulo-respuesta sexual” en un mercado en el que “las verdaderas materias primas del proceso productivo actual son la excitación, la erección, la eyaculación, el placer y el sentimiento de autocomplacencia del control omnipotente”³⁰. Preciado ha inventado el concepto *potentia gaudendi* para enunciar esta nueva forma de mercancía vinculada al placer del tecnocuerpo³¹:

Se trata de una potencia (actual o virtual) de excitación total de un cuerpo, esta potencia es una capacidad indeterminada, no tiene género, no es femenina ni masculina, ni humana ni animal, ni animada ni inanimada, no se dirige primariamente a lo femenino ni a lo masculino, no conoce la diferencia entre heterosexualidad y homosexualidad. No diferencia entre el objeto y el sujeto, no sabe tampoco la diferencia entre ser excitado, excitar o excitarse con. No privilegia un órgano sobre otro³².

La propuesta conceptual y política de Preciado es muy seductora: imaginar al

²⁸ Rubin, *Op. Cit.*, p. 136

²⁹ Como las máquinas de escribir de *Naked Lunch*.

³⁰ Preciado, Beatriz. *Testo yonki. Sexo, drogas y biopolítica*. Buenos Aires: Paidós, 2014, p. 37

³¹ Es decir del cuerpo que funciona como una extensión de las tecnologías globales de comunicación.

³² *Ibid*, p. 38

mercado sexual del futuro dando sus primeros atisbos como tráfico desgenerizado de libido abre un gran abanico de posibilidades tanto sobre las desinscripciones identitarias que movilizan el universo *queer* como sobre las nuevas formas de explotación que este modo desustanciado de extracción de la plusvalía comienza a suponer –en diálogo con algunos de los planteos de Toni Negri. Pero, a su vez, creemos que tendríamos que ser capaces de imaginar las desigualdades en la circulación de este capital deseante en contexto, ya que funcionan como un tope real a la supuesta igualdad mercantil. Hay en esta descripción de la *potentia gaudendi* una suerte de “como si”, donde la deconstrucción del placer parecería poder dismantelar las distancias racistas, clasistas y sexistas que constituyen a las formas hegemónicas de objetualización del deseo. Como si el proceso de deshilar la sexualidad, el género y hasta lo humano –que efectivamente ha comenzado a proliferar en ciertos espacios *under*, comunidades militantes y selectos sectores de consumo pornográfico, prostibulario y/o farmacológico– no encontrara restricciones ante necesidades insatisfechas de reproducción biológica de la vida, ante un acceso desigual al capital simbólico que interviene incluso en las técnicas de excitación de distintos sustratos sociales, ante el “terror anal” masivo, solo por mencionar algunos de los cuantioso límites fácticos de circulación de este capital libidinal desmarcado y remarcable.

Por ende, en lo que respecta a la circulación del placer como mercancía rentable, debemos tener presente que el movimiento *queer* (como borde del feminismo radical que se vuelve a reconfigurar en cada situación) posee en las distintas regiones del mundo diferentes colectivos identitarios que aglutinan los cuerpos-márgenes específicos de esa circulación. En el caso de América Latina, son en su inmensa mayoría prostitutxs mujeres, travestis y trans³³ pobres, que trabajan en condiciones de extrema vulnerabilidad y que tienen una esperanza de vida semejante a la de los países africanos más desguazados. Los cuerpos intervenidos con biopolímeros, siliconas y aceites (de avión o de cocina) están un tanto lejos del ideal *cyborg* o de tecnocuerpo y, sin embargo, también algo de eso hay en estos replicantes, a lo *Blade Runner*, que se mueren en su

³³ El mercado sexual gay es, en comparación, más pequeño y principalmente homo.

clímax.

Pensar el cuerpo como soporte de placer en la Argentina actual supone tensionar la teoría *queer* con la militancia política de lxs prostitutxs mujeres, travestis y trans; repasar el debate entre abolicionistas y pro-sexo que interfiere en la construcción de frentes; comprender que el deshilván identitario debe ser puesto en paréntesis en medio de ciertas luchas y de una compleja red de coqueteos y enfrentamientos con un Estado que ha perdido todo viso de liberalidad (o incluso de su carácter benefactor) y una Iglesia extremadamente fuerte. En el contexto de una escalada de violencia policial, la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (Ammar) publicó un documento donde contabilizó 44 femicidios de trabajadoras sexuales entre 1996 y 2016³⁴, sin tener en cuenta que muchos otros no son denunciados. En medio de este escenario, las coaliciones entre el abolicionismo de cierto sector del movimiento travesti y Ammar, unida a la RedTraSex³⁵, muestran sintomáticamente la dificultad de liar fácilmente los principios de la teoría *queer* con la realidad del colectivo LGBTTIQ aquí.

Lohana Berkins, célebre activista trans, afirmaba de manera categórica que su postura es por el abolicionismo: “la prostitución no es un trabajo, crea violencia contra las mujeres y travestis y debe ser abolida”. Berkins consideraba, como Catherine Mackinnon y Sheila Jeffreys, que siempre la prostitución es derivada de condiciones materiales precarias y por tanto es una práctica degradante para quienes la realizan, por eso definía el trabajo sexual (al que siempre llamaba prostitución) como una condena – sostenía que 98 de cada 100 travestis están condenadas a ejercerla sin alternativa, tal vez unas veces más mitigadas que otras³⁶. Mackinnon, en el mismo sentido que Berkins enfatiza que no hay distinción significativa entre prostitución libre y forzada porque siempre el ejercicio del trabajo sexual es a partir de condiciones estructurales de

³⁴ Leemos del documento mencionado que el tratamiento de los femicidios hacia trabajadoras sexuales por parte de los medios de comunicación, en general aumenta la estigmatización y refuerza los prejuicios, ya que casi siempre se los asocia a entornos donde prima la proximidad de tráfico de drogas, excesos y clandestinidad. En este sentido, el relato se construye de tal manera en que se camufla un lenguaje moralista y prejuicioso.

³⁵ Red de mujeres trabajadoras sexuales de Latinoamérica y el Caribe que nace el 1997.

³⁶ Berkins, Lohana. *Cumbia, copeteo y lágrimas*. ALITT: Buenos Aires, 2007.

vulnerabilidad y pobreza o marginación. Si bien esto último es generalmente cierto, la confusión entre trata de personas y prostitución es un error severo tanto para pensar políticas tendientes a erradicar la primera como para conseguir condiciones más dignas de trabajo para quienes ejercen el trabajo sexual; tan vulnerables socialmente como un amplio grupo de trabajadorxs explotados en la ilegalidad. Por otra parte, debemos decir que en la Argentina la oferta de servicios sexuales no constituye delito alguno, pero con los edictos policiales y contravencionales aún vigentes en muchas ciudades y provincias se construyen “dispositivos legales”, que en la práctica le confieren a la policía la facultad de detener a cualquier persona por la comisión de una contravención sin intervención judicial. Por ende, al no existir un marco legal contundente y claro, la precaria institucionalidad se caracteriza por la discrecionalidad de los funcionarios y agentes; este estado de arbitrariedad es reforzado actualmente por un proceso de segregación espacial³⁷.

Es en este sentido, sobre estos problemas que parecen tan lejanos a los debates académicos librados en los centros de poder y que a su vez son tan acuciantes para quienes habitan los márgenes de la militancia sexual, que la travesti chilena Hija de Perra sostenía que “interpretaciones inmundas cómo la teoría *queer* colonizan nuestro contexto *sudaca*, pobre, aspiracional y tercermundista”³⁸. En medio de una revalorización de los actos, disyuntivas, expresiones y luchas que antes de saberse *queers* fueron emprendidos por estos cuerpos e identidades estalladas entre camiones hidrantes, gases, violaciones y abucheos.

Parece que todo lo que habíamos hecho en el pasado, actualmente se amotina y

³⁷ El caso de la provincia de Entre Ríos es emblemático: en el año 2011, tras el cierre de todos los clubes, bares, whiskerías en una avanzada anti-trata, se dejó al descubierto alrededor de 400 trabajadores sexuales, obligándolos a establecer nuevas zonas rojas, es decir a apropiarse de nuevos espacios, trabajar en la calle, necesitar de proxenetas, etc. Este año la legislatura porteña, en la misma tónica, quitó la figura de las alternadoras del Código de Habilitaciones generando el repudio inmediato de las meretrices.

³⁸ Hija de Perra. “Interpretaciones inmundas de cómo la Teoría Queer coloniza nuestro contexto *sudaca*, pobre aspiracional y tercermundista, perturbando con nuevas construcciones genéricas a los humanos encantados con la heteronorma.” Conferencia dictada en el Congreso “El sexo no es mio”, Santiago de Chile, 26, 27 y 28 de Noviembre de 2012.

armoniza dentro de lo que San Foucault describía en sus años en la Historia de la sexualidad y que mezclado con los años de feminismo maravilloso finalmente acaban en lo que la Santa Butler inscribió como queer. Soy una nueva mestiza latina del cono sur que nunca pretendió ser identificada taxonómicamente como Queer y que ahora según los nuevos conocimientos, estudios y reflexiones que provienen desde el norte, encajo perfecto, para los teóricos de género en esa clasificación que me propone aquel nombre botánico para mi estrafalaria especie bullada como minoritaria³⁹.

Conclusiones

En la conferencia antes citada de Preciado en México, la autora sostiene que lo *queer* ha devenido lamentablemente moda académica en Europa y los Estados Unidos, que ha perdido en muchos espacios su capacidad de escándalo y se ha tornado un nicho. Dicho diagnóstico no ha hecho más que confirmarse en los últimos años, deviniendo también moda en América Latina. Butler, por su parte, ha señalado en *Cuerpos que importan* que el término tiende, como todos, a la cristalización y a aferrarse a ciertas prácticas e identidades, a perseguir la universalización; sin embargo, su denuncia al necesario error identitario, sigue llegando para ponerlo en crisis y hacerlo funcionar políticamente frente a los regímenes discursivos misóginos y racistas. El peligro de la normalización de lo *queer* y su reducción al gueto académico, ha sido acompañado en la crítica en algunas ocasiones por la denuncia de su lejanía con las experiencias reales de resistencia, militancia y vida de los cuerpos abyectos en calles, barrios y villas.

Sin embargo, se hace muy difícil poder imaginar procesos de transformación y reflexión sobre sí tan complejos y sutiles como los que han transitado lxs referentes trans y travestis sudamericanos como Susy Shock, Marlene Wayar, Naty Menstrual, Diana Sacayán, entre otrxs, sin los debates y perspectivas habilitadas y enunciadas por la teoría feminista y *queer*. Eso no evita señalar que hay que poder pensar cómo se reconfigura un vínculo, como mínimo rasgado, entre militancia y teorización políticas,

³⁹ Ibid.

entre movimiento LGBTTIQ y teoría *queer*, en las actuales condiciones políticas de fuerte represión estatal, pérdida paulatina de las garantías legales conquistadas, pauperización creciente y escarnio social machista apañado por las fuerzas de seguridad.

En el contexto de este debate, de esta tensión, que podemos volver productiva, aparece el deseo, una y otra vez en las distintas proclamas, manifiestos, poemas, ensayos y *papers*, como plataforma común sobre la cual volver a problematizar la identidad. Una plataforma que admite diversas modulaciones del placer muchas veces dependiendo de las culturas, las clases, los géneros y *habitus*... y otras tantas, trasvasando esos límites o haciendo del tránsito por esos bordes el goce en sí.

El presente artículo intentó presentar un paneo de las teorizaciones *queer* en torno a la circulación y transformación del placer como mercancía de consumo masivo en medio de una reconfiguración cultural de la pornografía –y de los dispositivos intervinientes en su producción, distribución y acceso– y de la comprensión de la prostitución como tráfico libidinal –reivindicando al cuerpo situado como soporte último de todo placer y marca. Hemos hablado a su vez de la generación semiótico-tecnológica de cuerpos experimentales que, únicos y diluibles (al mismo tiempo y en múltiples espacios), se presentan a sí mismos como territorios desmembrados; cuerpos cuya ductilidad es posible mediante de un proceso re-identitario que guarda su potencia transformadora y la actualiza en cada desplazamiento. Cuerpos que viven de correrse, en el doble sentido de la palabra.

Nuestra hipótesis central, que sostenía que la transformación en la mercantilización del placer, gestada en la revolución informática y agudizada en la última década, ha modificado tangencialmente las partes y los modos del mercado sexual, ha sido –a lo largo de este artículo– abierta en distintas aristas, dándonos las siguientes aproximaciones: la producción de deseo ha pasado ha ser entendida por cierta vanguardia como un fin en sí misma, como lo único que puede salvarnos de nuestra reproducción como mercancías parlantes; la generación de placer, por su parte, reconoce objetos más específicos en su concreción (estímulos, eyaculaciones,

erecciones, erizamientos), ya sea que se la presente como terapéutica, subliminal, anestésica o vinculante, y sus posibilidades han sido exponencialmente expandidas a través del uso de nuevas tecnologías y la producción de nuevas subjetividades; la teoría *queer* propone la complementariedad entre estas dos disposiciones para conformación de cuerpos autónomos, conectados y potentes; la intensificación de la mirada, la segmentación de los relatos y la estructuración del gusto mediante fetiches, se han vuelto formas dominantes del porno y la prostitución y son signos de un mercado sexual volcado a la eficiencia (mayores resultados con el menor esfuerzo/distracción posible), asimismo datan de un nuevo modo de experimentar la sexualidad y de producir cuerpos sexuados que merece un detenido análisis (sobre cómo conviven estas nuevas formas con los consumos clásicos en los distintos lugares, cuáles son los puntos de fricción, qué estructuras parentales o maritales tensiona, cuáles son las nuevas ficciones de la heterosexualidad, etc.); la apuesta *queer*, a un placer en el que la identidad no sea una certeza y donde el caudal libidinal sexualice todo el cuerpo y barra con las preocupaciones heteronormativas sobre la genitalidad, ha logrado, tras décadas de trabajo, generar un gusto acorde a esa sensibilidad política, sin embargo es aún residual, experimental y depende de cada contexto; finalmente, en la actualidad latinoamericana, en medio de las devastadoras condiciones sociales que atraviesa a la mercantilización del placer, con una preocupante escalada de femicidios por doquier, hemos visto que la preocupación política que presentábamos al comienzo de intentar recuperar la capacidad del escándalo se debe medir todo el tiempo con la triste premisa de vivir para contarlo, en ese punto las teorías se relativizan y los cuerpos se vuelven imprescindibles.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *¿Qué es un dispositivo?* Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2014.
- Arbuét Osuna, Camila. “Capitalismo y globalización: El Capital en la era del capital tecnológico”, *Revista Desafíos*, Bogotá (Colombia), N° 26-2, II semestre, (2014), pp. 97-124

- Berkins, Lohana. *Cumbia, copeteo y lágrimas*. ALITT: Buenos Aires, 2007.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Butler, Judith. *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós: Buenos Aires, 2004.
- Deleuze, Gilles. “Deseo y placer”, Cuadernos de crítica de la cultura. Barcelona (España), Archipiélago, N°23, (1995).
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Siglo XXI: Buenos Aires, 2002.
- Gubern, Roman. *El eros electrónico*. Madrid: Editorial Taurus, 2000.
- Gubern, Roman. *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- Haraway, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Valencia: Ediciones Cátedra, 1995.
- Haraway, Donna. *El patriarcado del osito Teddy. Taxidermia en el Jardín del Edén*. Barcelona: Sans Soleil, 2015.
- Hija de Perra. “Interpretaciones inmundas de cómo la Teoría Queer coloniza nuestro contexto sudaca, pobre aspiracional y tercermundista, perturbando con nuevas construcciones genéricas a los humanos encantados con la heteronorma.” Conferencia dictada en el Congreso “El sexo no es mio”, Santiago de Chile, 26, 27 y 28 de Noviembre de 2012.
- Laqueur, Thomas. *Making Sex: Body and Gender From the Greeks to Freud*. Harvard University Press: Massachussets, 1990.
- Larrauri, Maite. *El deseo según Gilles Deleuze*. Madrid: Tandem, 2000.
- Mackinnon, Catherine. *Feminismo inmodificado. Discursos sobre la vida y el derecho*. Siglo XXI: Buenos Aires, 2014.

Pateman, Carole. “Self-ownership and property in the person: democratization and a Tale of Two Concepts”, *The Journal of political philosophy*. California (EE.UU.), Vol 10, N°1, (2002), pp-20-53

Preciado, Beatriz. *Manifiesto contrasexual*. Madrid. Editorial: Opera Prima, 2002.

Preciado, Beatriz. Conferencia “Políticas transfeministas y queer: Tecnologías de disidencia de género” en Universidad del Claustro de Sor Juana, México D.F., Junio de 2010.

Preciado, Beatriz. *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama, 2010.

Preciado, Beatriz. *Testo yonki. Sexo, drogas y biopolítica*. Buenos Aires: Paidós, 2014.

Rubin, Gayle. “Tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”. *Revista Nueva Antropología*, México D.F., Vol. III, N° 30, (1986), pp. 95-145.